

## **El saber de Dios considerado como conocimiento del mundo**

Objetos extradivinos del saber divino son lo posible, lo real y lo condicionalmente futuro.

1. Dios conoce lo posible, es decir, todo lo que no ha sido, no es y no será nunca, bien que a causa de su posibilidad intrínseca podría ser hecho por Dios, directamente o mediante causas creadas intermediarias. La posibilidad interna (metafísica) de una cosa, que se identifica con su capacidad de ser pensada, se funda en el hecho de que Dios conoce de ésta o de otra manera la imitabilidad de su esencia. La imitabilidad análoga de la esencia divina conocida por Dios constituye el fundamento interno de la posibilidad de todo lo que existe (idea divina de las cosas). Como

quiera que la esencia de Dios es infinita, son también infinitos los modos según los cuales las criaturas pueden expresarla análogamente y desde puntos de vista en cada caso diferentes. Por eso abarca una multiplicidad infinita el conocimiento divino de lo posible. Pero Dios no ve esa multiplicidad mediante una serie múltiple de pensamientos, sino en un solo acto simple, conociendo y viendo su esencia tal como es y tal como puede ser expresada e imitada por lo finito, infinitamente y sin agotar nunca la riqueza de esa divina esencia. Al mismo tiempo que la posibilidad interna de las cosas, Dios conoce las innumerables relaciones que pueden unir unas cosas con las otras.

La posibilidad externa (física) de las cosas consiste en el hecho de que pueden ser creadas por Dios. Al mismo tiempo que Dios conoce su poder, conoce también las cosas que puede realizar. Como quiera que su poder es infinito, comprende ese poder posibilidades infinitas.

En lo que concierne al conocimiento de lo posible por parte de Dios, véase el *Ps.* 146, 5: «Es grande Yavé, grande su poderío, y su inteligencia inenarrable.» (Cons. *Mt.* 19, 26; *Rom.* 4, 17; *Eccl.* 23, 19.)

2. Dios sabe todo lo *real*, lo pasado, lo presente y lo futuro, especialmente los secretos íntimos del hombre, los pensamientos humanos, el amor y los procesos de lo que pasa en la conciencia del hombre, así como las decisiones futuras libres (dogma). Concilio Vaticano, S. 3, cap. 1; D. 1.784.

a) Los pasajes siguientes dan testimonio del conocimiento del corazón humano. En el Salmo 7, 9 el perseguido por los enemigos reza de la siguiente manera, 7, 9-10: «Defiende mi causa, oh Yavé, según la justicia y la inocencia que hay en mí. Acabe de una vez la malicia del impío, y confirma al justo, Dios, justo, escudriñador del corazón y de los riñones.» Salmo 33 (32), 13-15: «Mira Yavé desde los cielos, y ve a todos los hijos de los hombres. Desde la morada en que se asienta, ve a todos los habitantes de la tierra. Es Él quien ha hecho todos los corazones y conoce a fondo todas sus obras.» Salmo 44 (43), 21 y sigs.: «Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios, si hubiéramos tendido nuestras manos a los dioses extraños, ¿no había de saberlo Dios, que conoce los secretos del corazón?» Salmo 90 (89), 8: «Has puesto nuestros pecados frente a ti; nuestros pecados secretos, a

la luz de tu faz.» *Prov.* 15, 11: «Están delante de Yavé el sepulcro y el Averno, cuanto más los corazones de los hombres.» *Proverbios*, 16, 1 y sigs.: «Del hombre es preparar la mente, pero es Yavé quien da la respuesta de la lengua. Al hombre le parecen buenos todos sus caminos, pero es Yavé quien pesa las almas.» *Eccl.* 17, 1-15: «El Señor formó al hombre de la tierra. Y de nuevo le hará volver a ella. Le señaló un número contado de días, y le dió el dominio sobre ella. Le revistió de la fortaleza a él conveniente y le hizo según su propia imagen. Infundió el temor de él en toda carne, y sometió a su imperio las bestias y las aves. Dióle lengua, ojos y oídos, y un corazón inteligente; llenóle de ciencia e inteligencia, y le dió a conocer el bien y el mal. Le dió ojos para que viera la grandeza de sus obras, para que alabara su nombre santo y pregonara la grandeza de sus obras. Y añadióle ciencia, dándole en posesión una Ley de vida. Estableció con ellos un pacto eterno y les enseñó sus juicios. Contemplaron sus ojos la grandeza de su gloria y sus oídos oyeron su majestuosa voz, y les dijo: Guardaos de toda iniquidad. Y les dió mandamientos acerca de su prójimo. Su vista abarca de una eternidad a otra y nada se esconde a sus ojos. Dió a cada nación un jefe, pero Israel es la porción del Señor.» *Ier.* 11, 20: «Oh Yavé Sebaot, juez justo, que escudriñas los corazones y el riñón.» Véase 17, 10: «El Padre en los cielos ve todas las cosas ocultas» (*Mt.* 6, 4 y 6, 6). «Ante los hombres puede parecer justo el injusto; Dios, al contrario, conoce los corazones» (*Lc.* 16, 15). Véase también *Act.* 1, 24; 15, 8; *Rom.* 8, 27. En *I Io.* 3, 20 leemos la siguiente frase consoladora: «Porque si nuestro corazón nos arguye, mejor que nuestro corazón es Dios, que todo lo conoce.» *Hebr.* 4, 13: «Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia.» Véanse también los pasajes bíblicos del § 78.

b) En la época de los Santos Padres el saber de Dios es considerado como estímulo para vivir moral y religiosamente, y como consuelo en las diversidades de la vida.

Minucio Félix escribe lo siguiente en su diálogo *Octavius* (XXXII, 7-9; BKV, II, 71): «Tú crees que este Dios no conoce la vida y las obras de los hombres y que no puede abandonar su trono en el cielo para ir a todas partes y ver a todos. Oh hombre, esto es un error y un engaño. Cómo puede estar lejos Dios, Él, de quien están llenos todo el cielo, la tierra entera y todo lo que existe fuera de la tierra. Contempla una vez más el sol. No obstante que su luz se derrama por todos los países, el sol está presente del mismo modo en todas partes, penetra en todo lugar sin que se enturbie su resplandor. Tanto más está Dios presente en las tinieblas, está presente en nuestros pensamientos, que son otra forma de tinieblas,

Dios, que ha creado todo lo que existe y todo lo ve a quien nada puede ocultársele. No sólo obramos ante sus ojos, hasta preferiría decir que casi vivimos con Él.» El mismo autor escribe en el capítulo XXXVI, 8 y sigs.; BKV, pág. 77: «Conviene observar que cuando sentimos la debilidad del cuerpo humano, penando por ello, no se trata de un pecado, sino de un eje castigo, sino de un ejercicio. Pues la fortaleza de ánimo crece en tales debilidades y la desgracia es con mucha frecuencia una escuela de la virtud. Más aún, cuando falta el ejercicio y el esfuerzo, se debilitan las fuerzas del espíritu y del cuerpo. Vuestros mismos héroes, a los cuales consideraréis como seres ejemplares, han adquirido celebridad a causa de sus penalidades. Así también, Dios puede venir en nuestra ayuda y no nos desprecia nunca, puesto que es el Señor del universo y ama a los suyos. Pero en las adversidades examina y escudriña a todos, en los peligros prueba el carácter de cada hombre, hasta en los mismos estertores de la agonía pone a prueba la mentalidad del hombre, sin que necesite temer que hay algo que no conozca. Somos probados en las tentaciones y adversidades, lo mismo que el oro en el fuego.»

Tertuliano escribe lo siguiente en su libro sobre la penitencia (cap. 3; BKV, I, 229): «Bien que la debilidad humana sólo pueda juzgar los pecados de obra, puesto que no puede conocer los secretos de la voluntad, nosotros debemos guardarnos bien de negar importancia ante Dios a tales transgresiones. Para las fuerzas de Dios no hay límite alguno, son capaces de todo. Ninguna clase de pecado queda oculta ante sus ojos. No hay nada que no conozca, no hay nada que Él no ponga en juicio. Ante la mirada penetrante de sus ojos no hay fingimiento alguno, no sirven de nada los rodeos y los subterfugios.» San León el Grande enseña lo siguiente en uno de sus sermones (*Sermón* 53, 3; BKV, II, 29): «Ni escondrijos ni lugares secretos constituyen un obstáculo para los ojos de Dios, que lo ve todo al mismo tiempo. No sólo conoce lo que hemos hecho y pensado en tiempos pasados, sino también lo que haremos y pensaremos en tiempos futuros. Tal es la extensión de la ciencia del Juez supremo, tal es la extensión de su mirada, ante la cual deberíamos temblar. Penetra a través de los cuerpos y conoce todos los secretos. Lo oscuro está manifiesto ante Él lo mismo que el día, y lo mudo conversa con Él. El silencio es para Él una confesión y el corazón le dice sin palabras todos sus secretos. Nadie debería perder de vista la paciencia que el Dios bondadoso le muestra cuando deja sin castigos sus pecados.»

Según San Agustín, Dios conoce abismos del hombre hasta los cuales no puede penetrar la mirada de éste. Ve a través de todos los ocultamientos y velamientos, siendo Él el único que puede distinguir debidamente lo bueno de lo malo. San Agustín describe de la siguiente manera los abismos del hombre: «Tú buscas la profundida del mar, ¿pero hay algo más abismal que la conciencia humana? (*in Ps.* 76, 18; Przywara, *Augustinus*, página 561). «Si la inescrutabilidad es un abismo, ¿no deberemos pensar que el corazón del hombre es un abismo? ¿Hay algo más insondable que este abismo? Los hombres pueden hablar, les percibimos en la actividad de los miembros, oímos su palabra en la conversación; pero ¿dónde está el hombre cuyos pensamientos podamos conocer, en cuyo corazón podamos echar una ojeada? Lo que el hombre lleva dentro de sí mismo, lo que puede internamente, lo que hace en su interior, lo que prepara en ese interior, lo que quiere internamente y lo que no quiere, ¿quién lo compren-

derá?... Creéis que el hombre es tal insondabilidad que ni siquiera puede ser conocida por el hombre en que se halla» (*in Ps. 41, 13; Przywara, Augustinus, pág. 561; cons. Confesiones, 4, 22*). En la trigésima segunda oración sobre el Evangelio de San Juan expresa el mismo Santo Padre que la mirada de Dios penetra más profundamente que la del hombre (BKV, V, 99): «Sólo nuestro espíritu conoce lo nuestro. Porque no sé lo que tú piensas, y tú no sabes lo que yo pienso; pues lo que pensamos interiormente son cosas propias nuestras y sólo el propio espíritu es testigo de los pensamientos de cada hombre. Así tampoco nadie sabe lo que Dios es, sino el Espíritu. Dios se conoce con su Espíritu lo mismo que nosotros nos conocemos con el nuestro, pero Dios conoce con su Espíritu lo que pasa en nuestro interior. Dios conoce en nosotros aun cosas que nosotros desconocemos. Pues Pedro no conocía su propia debilidad cuando el Señor le dijo que le había de negar tres veces; el enfermo no se conocía a sí mismo; el médico, al contrario, conoció al enfermo. Hay algunas cosas en nosotros mismos que nosotros no conocemos y que Dios conoce muy bien.» *Ad Ps. 55, 2*: «Como quiera que el hombre, en general, no se conoce a sí mismo, no sabe lo que puede y no puede soportar y a veces presume poder llevar más de lo que puede, mientras que otras veces desconfía de poder llevar lo que puede; por eso le envía Dios pruebas, que son como preguntas, y entonces el hombre se encuentra a sí mismo; pues el hombre no se conocía a sí mismo, mientras que el Maestro le conocía. Por eso presume Pedro de un yo no sé qué algo que no había en él: presume de poder permanecer junto a nuestro Señor Jesucristo hasta la hora de la muerte: Pedro no conocía sus fuerzas; Él, al contrario, las conocía. Que no era tan fuerte le contestó el que le había creado, el que quería dar las fuerzas necesarias al creado por Él y el cual sabía lo que todavía no le había dado: llegó la hora de la prueba; Pedro negó, lloró y recibió. Puesto que no sabemos lo que hemos de pedir, siendo seres que carecemos de muchas cosas, por eso es necesario que seamos educados en el tiempo mediante pruebas y tribulaciones» (*Przywara, Augustinus, 568*). En la explicación del Salmo 139, 2: «Para nosotros resulta difícil en esta vida conocernos a nosotros mismos; tanto más debemos guardarnos por eso de emitir un juicio inconsiderado sobre cualquiera de nuestros semejantes. Porque si hoy le hemos conocido como malvado, no sabemos lo que será mañana; y quizá es nuestro hermano el hombre a quien odiamos, y nosotros no lo sabemos. Odiemos sin temor alguno lo malo en la maldad y escojamos a la criatura para nuestro amor: de modo que amemos lo que Dios ha hecho, odiando no obstante allí lo que el hombre mismo ha hecho. Pues Dios ha hecho al hombre, mientras que el hombre ha hecho el pecado. Escoge para tu amor lo que Dios ha hecho, odia lo que el hombre ha hecho» (*Przywara, Augustinus, 581*). En la obra *De Civitate Dei* lemos (lib. 5, n.º 4): «No es Dios el que no prevé todo lo venidero.»

3. Sólo con respecto a la criatura se puede llamar «presciencia» el conocimiento de lo que todavía no existe y no ha sucedido todavía. A causa de su eternidad no hay en Dios presciencia, si con esta palabra se quisiera expresar que Dios mira hacia el futuro y espera su aparición. Con una mirada inmutable de su saber

intuitivo abarca Dios el reino entero de lo real, cualquiera que sea el momento en que ha de ser real. Sobre este punto, San Agustín escribe lo siguiente en su *De diversis quaestionibus ad Simpl.* (L. II, q. 2, n. 2): «¿Qué es la presciencia sino el conocimiento de lo futuro? ¿Qué es futuro para Dios, que sobrepasa todos los tiempos? Porque si el saber de Dios posee la realidad misma, ésta no es para Él futuro, sino presente. Por eso con respecto a Él no se puede hablar de presciencia, sino de saber. Además, lo que antes era presciencia en Dios se convertiría en saber. Esto implica cambio y temporalidad. Ahora bien, Dios, por existir de un modo verdadero y supremo, no es de ninguna manera mutable y no está sometido ni a movimientos temporales ni a nuevos comienzos. Pero como quiera que sólo podemos hablar de Dios análogamente, es decir, temporalmente, nos vemos precisados a emplear, en relación con Él, las expresiones «presciencia», «previsión».

El hecho de que las cosas son conocidas por Dios constituye el fundamento de su cognoscibilidad por parte de las criaturas.

4. Dios conoce infaliblemente las acciones libres y condicionalmente futuras de las criaturas antes de que lleguen a obtener realidad histórica (doctrina teológica cierta). El Catecismo romano (parte 4, cap. 2, n. 4) observa que Dios no escucha a veces nuestras oraciones porque lo que le pedimos sería nocivo o superfluo para nosotros.

a) La Escritura da testimonio de este conocimiento de Dios: *Ps.* 23, 7 y sigs.; *Sap.* 4, 11; *Mt.* 11, 21-23; *Lc.* 10, 13; 16, 31.

b) En la época de los Santos Padres, San Gregorio de Nisa expone (en *De infantibus qui praemature abripiuntur*) que Dios hace que un hombre muera prematuramente para preservarle de las tribulaciones del cuerpo y de los peligros del alma. El problema de la presciencia de lo condicionalmente futuro se estudia sobre todo en relación con el problema relativo a la elección de Judas para el apostolado. El conocimiento de Dios sería limitado y finito, el gobierno divino del mundo carecería de seguridad e infalibilidad si Dios no poseyese este modo de saber.